



XIV.

LA DEMENCIA OFICIAL.

¿Hay algo más terrible que un médico fungiendo de alienista? Es de vérselo, cuando vestido de largos faldones, proporcionales a la gravedad del caso, avanza sobre un presunto loco. ¡Va a auscultarle el alma!

Lo que complica su diagnóstico no es tanto la psicología del sujeto, sino las *circunstancias*. Por lo general, el galeno tiende simplemente a contrarrestar la opinión circundante. El *profanum vulgus*, representado por unas cuantas entidades caseras, afirma que Don Paco está loco.

—“Ca! No lo está,” exclama el alienista. “Es un ticómano (atacado de *tics* o gestos monomaniacos); es un hiposténico; es un aberrante, es un’...cualquier otra telepatía incomprensible.

CAROLINA ALBERTO
D. A. N. 1111

Pero que el *profanum* niegue la locura de D. Paco o la ponga en duda... entonces el alienista recoge sus faldones, y cejijunto, sombrío, “la pupila inmóvil clavada en la pared”, declara encontrarse frente a un caso de psicopatía trascendente, vesanía evolutiva de Magnan, perversión anímica de Friedrich... algo grave!

Si intervienen intereses, el papel del alienista se empeora. Los interesados *le echan empeños*, o sea exigencias, difíciles de resistir. Se trata a veces de complacer a parientes amantísimos o tutores integérrimos (según ellos mismos). Estos se lamentan de la locura hipotética del cliente, y no pueden consolarse sino hasta verlo en bartolina... Otra clase de empeños más piadosos tienden a que el médico salve a un reo por la puerta de la locura.

Si las influencias no son pudientes, el alienista garbea. Su pirotecnia de rectitud profesional le sirve luego para resistir al pudiente—al menos que éste ponga en juego la potencia del bolsillo contra su resistencia.

El conflicto de la honradez con el dinero es algo tempestuoso bajo un occipucio de médico. Bien es cierto que algunos caen del lado metalista, sin tempestad. En los más de ellos la tempestad es apenas chubasco. Si nuestro alienista

sale puro del temporal, se le declara afiliado en la secta de “los insociables”. Será un tipo raro que “no sirve para la clientela”. El alienista práctico abre su conciencia como un paraguas contra el chaparrón interno, y si le sucede sacar a un loco del manicomio y meter a un cuerdo, se acoge, sin mojarse, al lema propuesto para los asilos de lunáticos:

“Ni son todos los que están
Ni están todos los que son”.

Pero el Dr. Esteban Sergio de la 5ª Comisaría era de los ménos a propósito para explotar el alienismo. Es lo que se vió a la mañana siguiente de aquella noche en que Elvira poetizó bajo el ventanillo de Fray José.

Entre 11 y 12, las madres de niños muertos amontonados junto a la puerta de la Sección médica, se agitaron... Llegaba el médico. Fueron sacando de bajo los rebozos sus chiquillos yertos: unos pálidos, con caras de viejecitos secos, otros azafranados por la ictericia, otros negruzcos, con mofletes de querubines putrefactos. Flon, que estaba de guardia, ayudaba con mano nerviosa a desnudarlos sobre la tabla amarilla para ofrecerlos al examen de Sergio. Que-

COPIA ALFONSO
N. A. R. 11

ría apresurar el desfile monótono de sucios angelitos en provecho de algo extraordinario.

—Señor, dijo a Sergio, apenas éste hubo acabado su revisión y diagnósticos; allí nos han traído a Elvira Resendis, . . quieren que Ud. la reconozca, y le dé “pase” como demente.

El médico no comprendía la emoción mal contenida con que su practicante le informaba.

—¿Quién es esa Elvira?

—¿No se acuerda Ud. de aquella muchacha que se me privó aquí la noche en que se me fusiló el desconocido? Después el Inspector Velázquez la sacó de San Pablo a su casa. Ahora quiere meterla al hospital de la Canoa. La mandó en coche con un mozo y una criada. . . . La tienen esperando a Ud, en un gabinete de la oficina. . . .

El secretario Trillo, entrando en la Sección, interrumpió al practicante:

—Doctorcito, un certificadito para una loquita. . .

Los diminutivos del secretario pincharon a Sergio como alfilerazos; así fué que, evitando más explicaciones, preguntó por los informantes, ordenando:

Que vengan ellos antes que ella.

—Es una loca mandada de la Inspección Gene-

ral, añadió Trillo con una una voz que pasó súbitamente del tono meloso al imperativo. “Recomiendan *de arriba* que se despache pronto”; y cortando réplicas, se retiró sombrío. . .

Poco después entraban á la Sección Cándido Cuellar, mayordomo, y Tomasa Luna, cocinera.

—Uno por uno, ordenó Sergio instalándose en su sillón, frente al escritorio.

Avanzó Cándido y depuso:

—Sí que *lo está*, señor doctor; chiflada de remate. . . Los tornillos (llevándose cada índice á una y otra sien) más que flojos; ya no hay tornillos.

—No le pregunto su opinión; dígame simplemente lo que haya visto en ella. . .

—Pues, casi nada! . . . Que habla sola, vocifera, se retuerce. . . y más visionuda! A poco acusa a cualquiera de haber matado a su confesor. . .

No estuvo Tomasa tan afirmativa, a pesar de las preparaciones. Olvidó la declaración que le habían enseñado y dió ésta textual:

“No sé si estará *juida* la pobrecita; algún *ai-gre* que le ha dado. . . padece flatos, y tiene un pie chueco.”

A pasos inseguros, calzada de babucha la corva extremidad, vino Elvira al examen. Y le pasó lo que pasa a casi todas las histéricas acusadas

CAPITULO X
ELVIRA RESENDIS
D. A. N. N. N.

de locas, aun cuando niegan que *lo* están. Sintió contra su negación la sugestión ambiente. “Estás loca” le había dicho Velázquez. “Sí que *lo* estas” repitieron Cándido y Trillo y Colindres... Luego, sin que nada dijeran, en las miradas y sonrisas de los que la veían pasar cojeando, gendarmes, presos, camilleros, oyó la misma afirmación. También las cosas: el portón de la Comisaría, el barandal mugriento de la oficina, el tapanco, el sillón amarillo, las tarimas, vigas, muros carcomidos de la Sección, todo le gritaba: “estás loca”.—“No *lo* estoy. ¿*Lo* estaré? Parece que *lo* estoy... *Lo* estoy!” Su almita impresionable recorrió esa escala; y quedó pasiva, en una resignación torpemente copiada de la que emplearon algunas santas del martirologio para precipitarse en la hoguera. En vano Sergio trató de reavivarle la autonomía fluctuante...

—“Vamos, señorita, está Ud. muy bien! Todo se reduce á que no reprime Ud. bastante su imaginación.”

Habituada a ver engrandecidos en la confesión sus “veniales” (con provecho de los “capitales”) sintió indecible aversión hacia este confesor laico que parecía inclinado a absolverla sin penitencia.

Tenía lugar este examen en “el primero”, a puerta cerrada, sin más testigo que el practicante Flon. En “el segundo”, Trillo y el escribiente Colindres en acecho, distinguieron este arranque de Elvira:

“¡Que horribles visiones! Ya no quiero ver al padre—ni saber quien lo mató! No quiero. . . .

“Ver más ni saber ya nada;
Harta mi alma y postrada
Solo anhela descansar.”

La depresión sucediendo a tantas excitaciones, Elvira se solazaba en líricos espasmos. Ese romper exclamando, ese acabar con un trozo de su poeta favorito, pasmaron a los espiones. Desternillándose, regresaron a la oficina. El amanuense Colindres se apretaba el abdomen convulso de risa; restregábase las manos jubiloso el Secretario Trillo, convencido de la facilidad con que iba a complacer al Inspector. La peligrosa histérica se les entregaba en verso; él la entregaría en prosa al manicomio.

—Andele, Colindres; vamos a extender el acta.

Era la “actita de demencia” que acompañan generalmente los comisarios al certificado médico.

COPIA AL FOLIO 183
D. A. N. U. P. I. N. A.

Ambas piezas debían luego remitirse al “Distrito” para que el Gobernador diese el “pase” al hospital de la Canoa.

Por lo cual, levantada el acta, volvió el escribiente Colindres a la Sección, en requerimiento del certificado. Se abrieron las puertas del “primero.” Envuelta en su tápalo, fruncida la picaresca y compungida carita, con el gesto de una penitente no absuelta, salió Elvira acompañada de Flon. En el dintel cruzóse con ella Colindres quien avanzó hacia Sergio interpelando:

—¿Ya está eso?

—¿Qué es *eso*?

—¿Qué ha de ser! El certificado. . . .

—Allí va el Señor Flon con la examinada para dar cuenta de *eso* al comisario.

—El comisario no está. Anda por allá dentro, ocupado.

—Se la dará al secretario.

Mal humorado, Colindres siguió los pasos de la joven pareja, pronto desunida. Elvira fué de nuevo “separada,” mientras que Flon, gozoso de contribuir a la “salvación” de la histérica se encaramaba con el secretario para decirle:

—El doctor Sergio no encuentra motivos suficientes para expedir un certificado de demencia contra Elvira Resendis.

—¡Hola! Pues ¿qué más quiere? ¿Verla correr desgreñada?

—Quizá necesite ese médico que la muchacha arranque por la calle en camisa, corroboró Colindres.

El estudiante echó a ambos una mirada piadosa, desde lo alto de la PSIQUIATRIA. Esta ciencia de los males del alma le era oscura; pero tenía fé en el ojo psiquiátrico de Sergio, su jefe. Así fué que a él remitió Flon las objeciones. A él se dirigió Trillo discutiendo consigo mismo, en el trayecto de la oficina a la Sección, sobre lo conveniente para salir del conflicto. De una parte, tenía la consigna de la Inspección general para “embarcar a Elvira en la *Canoa*,” de la otra prerrogativas mal sufridas bajo el nombre de “discolerías médicas”. . . . No era él, Guillermo Trillo, antiguo corrector de pruebas, de los que se van al bulto en línea recta como torres de ajedrez. Atacó a Sergio con la oblicuidad de un arfil polizaico, en su habitual forma diminutiva.

—Oiga, doctorcito! ¿conque no le gusta la loquita para la Canoa?

—No se trata de gustos, sino de ideas, respondió severo el galeno. Y trató de exponerle algunas sobre su modo de ver “la higiene y terapéutica del alma.”

Ruda tarea aquella, de meter ideales en un ex-corrector de pruebas transformado en bloque de rutina gendarmeril. Según Sergio, intervenían en el desequilibrio mental de Elvira *pre-disposiciones de raza* y un *traumatismo moral*. El nombre Resendis le era familiar en su práctica de comisaría; no tenía que hojear mucho los libros de la Sección para encontrar algún Resendis, varón ó hembra, calificado de ebriedad y lesiones concomitantes. Era la firma social de una de tantas familias cuya animal neurosis las predispone a organizarse en hatos, tiaras, recuas, cualquiera agrupación ganadera. En la familia de los Resendis, Elvira, unidad aberrante, representaba la degeneración superior desbordándose en afectos y tendencias espirituales.

Un suceso misterioso, la muerte del desconocido, ligado a ella por extraños lazos, había sido el golpe, *trauma* moral, que la sacudió intensamente. . . . La imaginación se excita y el ánimo decae (declamaciones y bostezos, contracciones y paresias, pierna parética y pie contraído.)

Y porque un alienista, continuó Sergio, me diga que lo uno es un principio de "manía" y lo otro un principio de "melancolía" ¿tendré que poner sobre su frente la etiqueta de "loca" y habré de echarla a la Canoa, para que su histeris-

mo en contacto con otros histerismos, prenda fuego como el leño de Robinson y consuma a la paciente?

Siempre de soslayo, escuchaba Trillo a Sergio lanzándole miradas oblicuas de admiración irónica.

—Pues entonces, interrumpió, echaremos a las loquitas a la Alameda.

—Allí estarían mejor, ya que en la Canoa se pasan las horas fumando. . . . Pero hay algo todavía mejor que hacerles absorber la nicotina bajo los fresnos. . . . Echémoslas a trabajar. . . . ¿Que no? ¿Le parece a Ud. extraño, Trillo, eso de que una loca trabaje? Si es "presunta loca," trabajará desde luego y fácilmente. Si la loca es real y verdadera, "rematada" como Ud. dice, la cuestión se complicará, sin hacerse imposible. Rara será la loca enteramente inhábil. Las más irán al trabajo por ensayos progresivos. Para esto, importará atribuir el trabajo según la aptitud, distribuirlo según ensayos, en locales a propósito: trabajo aislado, en celdas, para unas; trabajo en grupos más y más numerosos para otras, hasta llegar a la amplia comunidad de los grandes talleres. . . .

No espantarse, Trillo! ¿Qué? ¿Todo ha de ser bromuro, sulfonal y otras drogas, en cuchara-

CAROLINA ALVARADO
MUSEO DE HISTORIA NATURAL
D. A. N. 117

das, píldoras y papelitos? ¿Y para qué?—Para que se entreguen luego al tabaco y al chisme de vecindad alborotada, para que desfilen ante los visitantes curiosos, como bestias de circo.
¿Hacen algo más? . . . ¡Ah, sí! Va Ud. a decirme ¡oh Trillo! que también cantan trisagios en sus ratos de devoción, entonan el himno nacional en sus intervalos patrióticos y organizan *posadas* con piñatas, por Navidad. . . . ¡Patrañas! Sólo buenas para excitar a las maniáticas y deprimir a las melancólicas. . . . Lo que se necesita es un régimen de acción. . . . ¡A trabajar! El trabajo (siquiera sea el simplicísimo de plegar papel para que otras, más capaces, lo encuadernen y empasten) es la mejor medicina equilibrante. . . .

¿Se asombra Ud., Trillo? Pues extendiendo mi tema á todos los asilos en que reina el ocio. Los asilados no pueden ser puros sujetos operables o jeringables. Hay algo más que hacer con ellos, algo más que tenerlos como animales de laboratorio o como casos clínicos “hechos carne” tirados en los catres o paseándose ensabanados hasta que quiera utilizarlos la ignorancia del discípulo o el afán de bombo del profesor. . . . Una sala-taller y una sala-escuela para todos esos dolientes holgazanes, gandules

analfabetas, capaces de trabajar e instruirse. . . . y ¡abajo los *pilares de hospital!*

¿Se ríe usted, Trillo?—No, amigo Trillo: hablo en serio. . . . Allí tiene Ud. a las asiladas de San Juan de Dios. . . . Casi todas pueden trabajar durante su estancia hospitalaria por botoncito o gonorraea. . . . De allí pudieran salir muchas, sabiendo algún oficio que les permitiese escapar a la necesidad de volver al burdel. No es tan dulce la “carrera” para que algunas no le prefieran los oficios de zapateras, corseteras, etc.

—Bueno! Pero ¿qué hacemos con la loquita?

—Espere Ud., Trillo. . . . Allá voy! Esas prostitutas son otras tantas acreedoras a la denominación de “locas”. ¿También querrá Ud. llevárselas al manicomio? ¿Tendría Ud. tanta razón como para bartolinar a la Resendis. Hay, entre esas mujeres, todas las variedades de *ómanas*: kleptómanas, dipsómanas, morfinómanas. Abundan las erotómanas, con todas sus subdivisiones de ninfómanas, lesbómanas, coprómanas, etc. ¿Y qué hace con ellas el Estado? Ah! El Estado es su padre putativo; y como padre grande que es, las protege en cambio de dinero: una cuota fija según clase, primera, segunda o tercera, de su “libreto” comercial.

Ud. sabe cómo se ejerce esta protección en casi todas las comisarías. Que un quidam le tome a alguna su mercancía sin pagarle o reduciéndole la tarifa. Al punto, la hija putativa del Estado se presenta a la comisaría vecina en compañía de un gendarme que trae a un lado su linterna y al otro al galán insolvente. La *oficina* la hace pasar a la Sección médica para que el doctor o el practicante la registren y digan si se encuentran en ella ciertos restos denunciadores. Es simplemente estúpido lo que se nos propone. Yo nunca me he prestado a tal indignidad, y he ordenado a mis practicantes que se rehusen. En otras Secciones, si se abusa de practicantes pasivos que examinan a la impetrante y dicen si *hay* o *no hay*. . . . ¿Hay de aquello?— Sí hay.—Pues qué necesidad tenemos ya de testigos?” exclama la curia policiaca, como Caifás “Poseemòs el *corpus delicti*”—“Pague Ud. señor Quidam.”—¿Y qué prueba que sea yo?” pudiera objetar Quidam. . . . Pero vosotros, Trillo, vosotros sois terribles en punto a deducciones.—Puesto que *hay* “algo”, y ella dice que usted lo dejó, pague o deje prenda.—¿Que no? Entonces, queda usted mismo en la comisaría, señor Quidam; y mañana *al turno*, por robo.”

—¿En qué quedamos, doctorcito? El certificadito para la loquita. . . .

—Allá voy! Paciencia! ¿No la tienen los agentes de Salubridad, encargados de llevarse a las más miserables de esas otras locas, las que carecen de cincuenta centavos para el libreto?— Hay que verlos exigiéndoles los *cuatro reales*. Van ellas de cantina en pulquería haciendo la colecta entre pulqueros, cantineros y bebedores amigos. El agente marcha en pos y estaciona a la puerta de las tabernas soportando las risas e insultos de las perseguidas. . . . Al fin, si no se ajustan los cuatro reales. . . . venga el gendarme, y a la cárcel: Belen, el sombrío Belen, no el albañal, sino la fosa fija de la porquería humana. Y sin embargo, el Estado, padre putativo, vela por ellas. . . . Fabrica un manicomnio general con fachada elegante, instalaciones de relumbrón, no tan provechoso para las asiladas como para ingenieros y loqueros favoritos. Más que una suntuosa morada de ociosidad crónica, les convendrían establecimientos económicos dispuestos para trabajos y esparcidos por todo el país para las diversas clases de locas. . . . Elvira y sus congéneres necesitan uno especial, y no en este Valle de México. Aquí, a dos kilómetros y algo más sobre el nivel del mar, sus cuerpos des-

CAPILLA SERRAVALLO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. U.

fallecen y sus almas vuelan por arranques en una hipertensión proporcional a la depresión barométrica. Que no vayan tampoco al bajío, a enervarse con tibias languideces. Al Norte! Al frío tónico de nuestras medias altitudes, más allá del *Trópico de Cáncer*. Así se intitula por razones astronómicas una estacioncita del Ferrocarril Nacional situada en pleno desierto potosino. Remontando de allí hacia la frontera ¡que buenos parajes de aislamiento entre los huizachales!

Trillo cambió su risilla irónica por una mueca de estupefacción. El hombre-rutina frente al hombre-sueño, acabó por tomar la actitud de la razón luchando con la demencia. Dió media vuelta, en dirección á la puerta, mientras que Sergio lo acosaba.

—Sí, señor Trillo; las colonias de locas transformarán el desierto. A cavar el páramo y plantas pinares!

Huyó el rutinero, seguido de cerca por el latoso soñador. Se detuvieron en el portón, a pocos pasos de la acera. Allí Sergió remató el punto. Eran las doce y media. De la próxima iglesia de San Hipólito venían grupos de devotas saliendo de la misa solemne, unas elegantitas, de sombrero, otras entapaladas.

—Ha de saber Ud. Trillo, prosiguió Sergio implacable, que modernos psicólogos dividen las neurosis en *frías* y *calientes*. . . algo semejante a la división que establecen nuestros rancheros para los comestibles. . . . Entre esas (indicando los grupos de devotas) habrá místicas frías, muy quietas, muy apreciadas; otras son devotas cálidas, del género Resendis. . . .

—En fin! exclamó Trillo, resuelto, en el colmo de la impaciencia, a abandonar la forma diminutiva; ¿quiere usted expedirme el certificado para esa loca?

—A una condición: que me detenga Ud. a esas jóvenes para entresacar a las cálidas. . . . No sería justo que se fueran a sus casas y Elvira a la Canoa. . . . Las mandaremos a todas “por cordillera.”

Trillo se lanzó al teléfono.

—“¿Con quién hablo? ¿Con el señor Inspector Velázquez? Bueno! Pues que el médico Sergio está divagando. . . . No quiere extender el certificado para Elvira Resendis. . . . Puras necesidades y distancias”. . . . Pasaron unos minutos y en el otro cabo del teléfono, Don Eduardo Velázquez ordenó:

—“Que llamen al practicante Carriles! No necesito del médico de la Comisaría. . . . Decir a

Carriles que venga aquí para instrucciones. El la llevará a otros.”

—¿A quiénes?

—A eminencias médicas.



XV.

EN BUSCA DE EMINENCIAS.

Mientras esto pasaba en la 5ª Comisaría, Julio Carriles, dando vueltas y revueltas en la azotehuela de su vivendita “macheteaba” su *Dieulafoy*, operación estudiantil mexicana que consiste en recorrer el libro como si se distribuyesen golpes de machete a una espesa hojarasca. Al azar de los golpes, la atención del estudiante machetero sólo se detiene en ciertos trocitos del texto (*corrales*) los más útiles para apagar *cohetes* y capear *toros*. En la jerga escolapia “cohetes” y “toros” corresponden a las preguntas más o menos difíciles del examinador, preguntas que toman en la imaginación del examinando, ya la forma de proyectiles pirotécnicos, ya la de cornúpetos saliendo del corral.

EXPLICA A LOS ESTUDIANTES
DE LA ESCUELA DE MEDICINA
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
D. A. N. U. N. I. V. E. R. S. I. T. A. T. O. N. A. L. A. U. T. Ó. N. O. M. A. T. A. D. E. M. É. X. I. C. O.